

www.elboomeran.com

Octavio Escobar Giraldo
DESTINOS INTERMEDIOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2010

© Octavio Escobar Giraldo, 2010
© de esta edición, Editorial Periférica, 2010
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-07-9

DEPÓSITO LEGAL: CC-001-2010

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de esta obra, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRIMERA PARTE

Todavía faltaban cincuenta minutos para la cita. Había superado las carreras que lo separaban de la Séptima y caminaba por el andén oriental, rumbo al centro de Bogotá. Miró a su alrededor buscando en qué distraerse. En una época lo tentó mucho la idea de entrar al Planetario, pero, burlándose, Emma le explicó que la cúpula no se abría para que los espectadores miraran las estrellas, como él pensaba; que un aparato proyectaba el cielo nocturno en la concavidad interior. Fue tanto su desengaño que se durmió en la única función a la que asistieron.

Se acercó a la terraza Pasteur. En una caseta situada al lado de las escaleras eléctricas pidió una cerveza que tuvo que pagar por adelantado. Bebió un primer trago larguísimo y encendió un cigarrillo. Los tres adolescentes que estaban a su lado, el más joven muy maquillado, hablaban de marcas de ropa sin ocultar su amaneramiento. Lo evaluaron y decidieron que no era un cliente po-

tencial. En el cine x del otro lado de la calzada exhibían *Obsesión carnal* y *Más allá del deseo*, títulos falsos para reciclar películas viejas, rayadas y llenas de cortes.

Despachó la cerveza y abandonó el centro comercial; prefería el ruido de la calle a la competencia entre los diversos tipos de música por retener a una clientela cada vez más pobre. Dejó caer la colilla encendida y, sin pensarlo mucho, caminó hasta la cafetería de la esquina y pidió un par de empanadas. Rodeado por oficinistas y dependientes que apenas salían de sus trabajos, las comió despacio, llenándolas de un encurtido picante que le alborotó la rinitis. Las acompañó con un café doble: necesitaba estar sobrio para la entrevista.

Cuando se disponía a pagar, vio pasar al Polaco en dirección sur, el tranco largo, la cabeza muy erguida y ropa suficiente para ocultar dos o tres armas. El reloj de pared señalaba las siete y cuarenta y ocho minutos. Le alargó un billete a la mesera y recogió las vueltas como si no tuviera ninguna prisa. Acarició el 38 corto y cerró su chaqueta.

Paula Cristina sonrió satisfecha cuando leyó la valla «Bienvenidos a Honda». El Renault 9 Súper había respondido muy bien durante todo el camino, sin perder estabilidad ni a más de ciento veinte kilómetros por hora. Su padre le advirtió una y otra vez que no se podía confiar en los automóviles nuevos: «Siempre tienen algún de-

fecto de fábrica», levantó el índice derecho con energía, pero la expresión bovina de su rostro contradecía cualquier énfasis.

Superó la plaza en la que esperan los buses que parten hacia los cuatro puntos cardinales de Colombia y destinos intermedios, tomó el desvío para cambiar de calzada y se acercó a la entrada de Fiesta Acuática, el recién inaugurado centro regional de diversión con varias piscinas, toboganes –uno de ellos ultrarrápido–, bar, restaurante, minigolf y bolera.

–Ahí hay un espacio –gritó Érica. El maquillaje aclaraba un poco su rostro moreno.

–Sí. El nuestro, marica –asintió triunfal y parquéo.

Las dos muchachas descendieron. Desde el Magdalena llegaba el rumor de las aguas sin el consuelo de la brisa. Paula Cristina acarició el capó, «Este rojo es divino», como si lo hiciera con una mascota, mientras Érica estiraba las fibras elásticas de su bluyín; sus muslos, cada vez más gruesos, la hacían caminar como si se acabara de bajar de un caballo. Abotonaba la camisa de rayas verticales apenas unos centímetros por encima del nivel de los pezones. Cuando se recogía el pelo, Paula Cristina miraba sus ojos negros, cercanos a la bizquera, los dientes grandes y muy blancos, la mandíbula puntuda, y recordaba las películas de *Alien*.

Siguieron el sendero flanqueado por macetas de mediana altura florecidas de rojos, amarillos y violetas.

Tras las puertas dobles de vaivén quince de las dieciocho mesas del restaurante dormitaban bajo el influjo del aire acondicionado y la música de Ray Conniff. Un mesero se puso a sus órdenes.

–Gracias. ¿Dónde queda la bolera? –Paula Cristina sostenía el bolso negro con las dos manos, de una manera que consideraba elegante.

–Al fondo. –Señaló el hombre con la mano derecha mientras escudriñaba el escote de Érica.

No más abrir las puertas sintieron el golpe del calor. Las tres pistas se estrechaban entre dos paredes altas, bajo un techo de láminas onduladas cuya estructura metálica ni siquiera se habían tomado la molestia de pintar. Las luces estaban mal situadas y los altavoces distorsionaban la melodiosa voz de Marc Anthony, pero Juan Agustín y Mario estaban allí.

Los habían conocido un mes atrás, en un bingo organizado para recaudar fondos para ampliar el laboratorio de química de su colegio. Los dos muchachos estaban ese fin de semana en Ibagué participando en un campeonato departamental de fútbol. Las abordaron muy respetuosamente y bailaron toda la noche. Paula Cristina no decidía aún cuál le gustaba más. Juan Agustín era alto y tenía ojos lindos, pero hablaba demasiado de fútbol y del equipo; se refería a las posibles alineaciones para el próximo partido como si fueran la mayor preocupación de su vida. Quizá necesitaba convencer a todo

el mundo de que merecía la titularidad, pensó Paula Cristina. Por eso prefería conversar con Mario; se veía más relajado y también tenía ojos lindos, aunque no era alto y una cicatriz le dividía la ceja izquierda. Él propuso que se citaran en Honda para jugar bolos. Lo discutieron varias veces por teléfono y poco a poco comenzó a parecerles una de esas decisiones que sólo se toman cuando se deja de ser un niño, un acto autónomo, un poco irracional pero por eso mismo muy maduro. Érica se entusiasmó de inmediato; la ilusionaba salir con muchachos con los que no estudiaba ni se veía a menudo, que ni siquiera vivían en Ibagué. Su último novio había hablado demasiado. De Paula Cristina nadie decía nada; estaba segura de que algunas de sus amigas la considerarían una santurróna y no le molestaba. Cuando sus padres anunciaron que viajarían en avión a Bogotá, supo que el R9 quedaría en sus manos y fue la posibilidad de conducirlo fuera de la ciudad lo que la decidió; quería acelerar a fondo.

–No abuses –insistió su padre en el aeropuerto, consciente de lo que podía hacer una muchacha de dieciséis años–. Quiero que ese carro esté completo cuando volvamos.

–Lo prometo.

–Sin un rasguño, jovencita –agregó su madre, con cara de pocos amigos–. Y no salgas del apartamento después de las nueve. Recuerda que tengo mis espías –le

susurró al oído. Estaba estrenando perfume, uno dulzón.

Los tres se quedaron muy quietos mientras una voz que reprimía su acento invitaba al abordaje.

—Si te pasa cualquier cosa, llama primero a tu tía y después a nosotros. —Se elevó el índice paterno—. Confiamos en ti.

—No te preocupes, papá. Que les vaya bien. —Lo besó en la mejilla.

—Me le echas agua a las matas. —La abrazó su madre.

Cuando el avión despegó, Paula Cristina sintió que un peso caía sobre sus espaldas y quiso arrepentirse de todo.

Sin embargo estaba allí, en Honda, un viernes a las ocho de la noche.

Juan Agustín les sonrió desde la pista, levantando mucho un bolo negro. Mario las recibió y, atrayendo a Érica, dejó que Paula Cristina pasara. Sobre la mesa había dos botellas de cerveza a medio vaciar.

—Siéntense, preciosas. —Juan Agustín vestía la camiseta roja del América de Cali. Cuatro pines seguían en pie tras su lanzamiento—. ¿Cerveza?

Érica asintió, complacida.

—Yo no. —Sacó Paula Cristina las llaves del automóvil de su bolso. Vestía un pantalón claro de lino y una camiseta fucsia, muy suelta.

—Una no más —rogó empalagoso.

–Por ahora no –insinuó una promesa–. Una Coca-Cola fría, porfa.

Mientras escogían los bolos y se cambiaban los zapatos, los muchachos terminaron la línea. Mario ganó con lanzamientos por todo el centro de la pista. Juan Agustín intentaba jugar con efecto, desde el costado izquierdo, pero aún no dominaba la técnica; antes de lanzar estiraba el brazo hasta poner el bolo sobre su cabeza. Ninguno de los dos consiguió más de ciento veinte pines. Cuando Érica abrazó a Mario para felicitarlo y permitió que la besara muy brevemente, Paula Cristina desvió la mirada hacia otra de las pistas, evitando los ojos de Juan Agustín.

–Ahora les vamos a conocer el estilo. –Tomó Mario la planilla para escribir los nombres–. Pueden calentar el brazo si quieren.

A Paula Cristina le faltó fuerza para derribar más pines, pero no hizo el ridículo; sin embargo sentía las mejillas encendidas. Érica la siguió con menos fortuna.

–Ahora vamos en serio –advirtió Mario, con la botella de cerveza en la mano–. Comienza... –Miró la planilla y después a Paula Cristina–. Tú.

Apenas se levantó, Juan Agustín se le acercó:

–Está bien que le pegues al centro, pero es mejor si apuntas desde uno de los lados porque arrastras más. –Movié los brazos hacia la derecha como si arrullara a un bebe–. ¿Tú eres derecha o zurda?

–Derecha.

–Muy bien: tira de derecha a izquierda para que le entres al centro desde un lado. –Complementó la instrucción usando la mano como una flecha.

Paula Cristina hizo lo que le había recomendado. El bolo cruzó la pista y se metió en la canal un metro antes de su objetivo. Maldijo mentalmente y bajó la cabeza.

–Bien –la recibió Juan Agustín–. Vas a mejorar, te lo juro. Inténtalo otra vez, con un poquito más de fuerza.

Paula Cristina cerró los ojos y asintió. Cuando los abrió, Érica y Mario se besaban con ternura. Se apresuró a lanzar: el bolo rebotó en la madera, cayó en la canal derecha y se precipitó hacia el fondo de la pista.

–No importa –meneó la cabeza Juan Agustín–. Ahora lo harás mejor. Tienes que girar un poquito la muñeca para que entre el efecto. –Repitió el movimiento varias veces–. ¿Tú ya habías jugado antes?

–Sí, con unos primos.

–Se nota. Tienes estilo. –Le guiñó el ojo.

Paula Cristina sonrió sin convicción:

–Ya vengo. –Se dirigió al baño lo más rápido que pudo, conteniendo las lágrimas. Quería correr hasta el R9 y regresar a Ibagué. Pero no. Debía volver a la pista y portarse con altura. Se humedeció la cara: «Soy una mujer bonita», susurró, muy consciente de que había dicho «mujer» y no «jovencita», como la llamaba su madre. Miró su cuerpo en el espejo: era esbelto, mucho

más fino que el de Érica, y más temprano que tarde un hombre que valiera la pena lo apreciaría. Repasó su maquillaje antes de volver.

Mario consiguió una moñona y reclamó el beso de Érica. Juan Agustín se veía apesadumbrado mientras anotaba en la planilla.

—Érica tumbo sólo uno, Pau, pero yo resbalé y se me quedaron cuatro parados. Esta pista no es que sea una maravilla.

Paula Cristina respiró profundo y se preparó para su lanzamiento. Tras ubicarse según las señas del piso, lo hizo por todo el centro y esperó. Después de una trayectoria más o menos rectilínea, el bolo derivó hacia la izquierda antes del impacto. Los pines cayeron uno tras otro muy lentamente. El último vaciló unos segundos antes de rendirse. Saltó eufórica, gritando algo que pudo ser un sí. Cuando se volvió, Juan Agustín venía a su encuentro con los brazos abiertos. No pudo evitar que la tomara de la cintura y la levantara.

—¡Moñona! —La aguantó en el aire.

Apenas se liberó, Paula Cristina corrió para azotar las palmas de las manos que le ofrecían Érica y Mario como una forma de felicitación.

—Ahora sí vamos a alcanzarlos —le guiñó el ojo Juan Agustín—. Ojalá siga tu suerte de principiante. Te dedico ésta. —Se paró muy concentrado, como si participara en un torneo internacional. Movi6 los pies unos centí-

metros y levantó el bolo sobre la cabeza para acometer los cinco pasos que lo pusieron frente a la línea. Su mano izquierda descargó el peso contra la madera mientras el resto del cuerpo equilibraba el esfuerzo. Lleno de energía y siguiendo una curva que inicialmente amenazó con despeñarse en la canal, el bolo se estrelló contra los pines del lado izquierdo de la pista. Tres, a la derecha, en una línea oblicua, resistieron el estruendo.

–Media, media, media... –coreó Érica para animarlo, golpeando la mesa con su botella.

Paula Cristina forzó una sonrisa mientras levantaba los pulgares.

Juan Agustín corrigió varias veces la posición de brazos y pies; el sudor humedecía su camiseta. El bolo apenas arrastró dos pines. Paula Cristina no pudo evitar sentirse feliz por tal fracaso, pero lo disimuló bastante bien.

Cuando llegó su turno, Érica se levantó, reacomodó su bluyín, caminó hasta el límite de la falta sin intentar ningún tipo de carrera y arrojó el bolo como si se liberara de una carga. Juan Agustín apartó los ojos de su figura descompuesta para hablarle a Paula Cristina de las posibilidades que tenía el América de ganar la octava estrella.

–Este año hemos hecho todo bien. –Desatendió el lanzamiento de Mario–. Bueno, en el apertura no nos fue tan bien, pero el finalización lo ganamos sin problemas porque «El Polilla», «El Pipa» de Ávila y hasta

Rincón andan derechos. Ya le ganamos a Nacional en Medellín, y eso que Tréllez está metiendo mucho gol. Si Magdalena no se nos atraviesa...

Paula Cristina ni siquiera fingió interés en el monólogo futbolístico; no le importaba qué equipo ganara el campeonato profesional colombiano de 1992. Lo que quería en ese momento era tomar el volante del R9 modelo 93 de su casa –no de sus padres–, y sacarle 140 kilómetros por hora en una de las rectas que la devolverían a Ibagué. Tal vez eso borrara el aburrimiento y la frustración de toda la noche.

Mario se puso en cuclillas frente a ella:

–¿Te parece bien si vamos a bailar a otra parte? Hay un sitio nuevo, espectacular, en la parte alta –se refirió a la meseta que, treinta metros por encima del resto de la ciudad, es la parte más tranquila y fresca de Honda.

–No, no puedo. Mis padres pueden llamar.

–¿Estás cansada? –preguntó Juan Agustín en tono de reclamo.

–No. Es que mis padres pueden llamar –repitió irritada.

–Entiendo. –Se incorporó Mario y corrió a recibir a Érica, que acababa de derribar dos pines. Algo hablaron y sin ningún disimulo se fueron juntos hacia los baños.

–¿Sabes qué, Pau? Lo que sí podemos es ir a un clásico entre Cali y América. –Le guiñó el ojo–. ¿Tienes

dónde quedarte en Cali? Porque si no, una de mis tías te alojaría con mucho gusto.

–No tengo familiares en Cali –respondió cortante. Odiaba que la llamaran Pau.

–¿Todo claro?

–Clarísimo –asintió.

–Éste es su adelanto como tal. –Con disimulo, el polaco le entregó un paquete rectangular, envuelto en papel periódico, al que sujetaban dos bandas elásticas–. En verdes, como usted lo pidió.

–Gracias. –Lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y bebió lo que le quedaba de ron. Consideraba a los dólares la mejor forma de ahorro.

La mesera pasó probando la resistencia de las costuras de su brevísima falda roja al ritmo de un vallenato. En el local, un garaje adaptado sin excesivas inversiones e iluminado con descuido, departían ruidosamente otros cinco hombres, sentados alrededor de una mesa erizada de botellas de cerveza.

–Tengo entendido que esto también es para usted –agregó el Polaco, y sostuvo en alto un sobre de manila–. ¿Qué va a hacer con esto?

–Con eso voy a hacer lo que tengo que hacer. –Se lo arrebató.

–Usted y yo nunca nos vamos a entender.

–Ni falta que hace.

El Polaco apartó la copa:

–No hay enemigo pequeño –recalcó la voz de ultratumba.

–Lo mismo digo –tosió. La mezcla de humo de cigarrillo, olor a desinfectante y mugre despertaron su rinitis.

–¿Qué va a hacer con esa lista?

–Voy a hacer lo que tengo que hacer. –Escamoteó la respuesta y maldijo mentalmente al Polaco.

–¿Va a matar a toda esa gente?

–Tengo que salvar a Roberto –se apresuró a declarar sin dramatismo, con la esperanza de terminar la conversación.

Un concierto de pitidos llegó desde la Séptima. Algo había interrumpido el sensible tráfico bogotano.

–¿Cuántos años tiene? –no aflojó El Polaco. Todo el mundo lo llamaba así por sus cabellos muy claros y su elevada estatura.

–Once.

–Y lo que le dio fue una infección en los riñones.

–Una nefritis.

–Eso daña mucho los riñones; sí, necesita un trasplante como tal. –Sus ojos azules rebosaban de conocimientos médicos–. Y usted no quiere donarle el riñón.

–No puedo, tengo la presión alta, y los riñones de Emma tampoco sirven –mintió. Después de todo lo que sufrió durante el embarazo y en el parto, su mujer re-

chazaba cualquier procedimiento quirúrgico, hasta el más simple. Cuando le planteó la donación dejó de hablarle; tampoco aceptaba la posibilidad de un nuevo embarazo.

—¡Increíble! El Suave tiene la presión alta. El campeón de la sangre fría tiene la presión alta —aplaudió el Polaco un par de veces.

La mesera saltó de la silla, pero de inmediato entendió que no la llamaban y se retrepó apoyándose en la barra, ahogando una porción de encaje rojo entre los muslos.

—¿Cuánto tiempo llevan esperando un riñón?

El tono de voz y la actitud del Polaco habían cambiado, se veía genuinamente interesado.

—Casi un año. —Puso las manos sobre la mesa como si fuera a levantarse.

—Si quiere le ayudo.

—¿Cómo así? —se extrañó ante la oferta.

—Va a ser pesado muñequiar a toda esa gente. —Señaló el sobre—. Yo puedo facilitarle las cosas.

Negó con la cabeza y se paró:

—Me gusta trabajar solo —trató de que su voz se oyera menos nasal.

—Perfecto. —Se incorporó—. Recuerde que este asunto le interesa mucho a los de arriba; no se le olvide.

—Lo tengo clarísimo.

El Polaco se acercó a la barra y pagó. La mujer abrió

un monedero cubierto con semiesferas de color rojo, lleno de billetes muy doblados, y ajustó la devuelta.

–Quédese con ése. –Rechazó el más sucio.

–Para servirte, cariño –sonrió la mujer, su busto lo más a la altura de las circunstancias que le era posible.

Subieron los cinco escalones que los separaban del nivel de la calle y caminaron hacia la Séptima.

–No olvide que es un trabajo importante.

–No lo voy a olvidar.

–Suerte. –Le tendió la mano.

–Gracias. –Correspondió al gesto.

Vio al Polaco seguir hacia el sur y partió en dirección contraria, con las manos en los bolsillos, indiferente al frío que bajaba de los cerros orientales, a los pordioseros, los vendedores de chucherías y las prostitutas. El olor a empanada lo hizo detenerse en un portón convertido en cafetería y comerse dos. Con seguridad tendría dificultades para conciliar el sueño y a Emma la impacientaba muchísimo que se debatiera en la cama; a Emma la impacientaban muchas cosas.

Atento al semáforo, atravesó la calle 19 y siguió su marcha hacia el norte. No era una buena hora para caminar por el centro de Bogotá, pero la inseguridad lo preocupaba poco cuando el 38 corto reposaba contra su costado izquierdo. En realidad no lo preocupaba nunca, ni cuando estaba desarmado.